

Dr. Kevin E. Frederick, Valdenses, Conferencia 6, Saliendo de las sombras de la historia, disipando mitos

© 2024 Kevin Frederick y Ted Hildebrandt

Les habla el Dr. Kevin Frederick en su clase sobre la historia de los valdenses. Esta es la sesión número seis, Salir de las sombras de la historia: disipar mitos.

El pasaje bíblico de este sermón está en 1 Timoteo 1, versículos 3 al 5. Escucha la palabra de Dios. Allí te ruego que, como hice cuando iba de camino a Macedonia, te quedes en Éfeso para que enseñes a algunos que no enseñen otra doctrina ni se entretengan con fábulas y genealogías interminables que dan lugar a especulaciones en lugar de la enseñanza divina que se conoce por la fe. Pero la enseñanza debe tener como objetivo el amor nacido de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera.

Palabra de Dios. Gracias a Dios. Pablo escribió estas palabras a su protegido Timoteo para advertirle a él y a otros nuevos conversos de la fe en Cristo sobre la importancia de permanecer centrados en la propia relación con Cristo en lugar de dejarse llevar por la mentalidad de enfatizar la propia genealogía o historias míticas de origen que no tenían fundamento en la fe en Cristo.

Hacerlo era tratar de establecer la credibilidad de uno basándose en el pedigrí o en hazañas de logro en lugar de en una fe basada en el amor de un Dios trino revelado a través de la gracia y la misericordia de Jesucristo. Al explorar los orígenes del movimiento valdense, existen esencialmente dos relatos alternativos de la narrativa histórica principal que se basan en la vida de Valdez. Además, hay varias variaciones dentro de cada narrativa alternativa, que tienden a confundir a los estudiantes de historia.

El establecimiento del movimiento valdense está repleto de historias sobre su origen, entre las que se incluye una referencia a las enseñanzas de un obispo católico inconformista de Turín del siglo IX llamado Claude. También hay un relato más antiguo que se remonta a la historia de Constantino en el siglo IV d. C. Es la historia del regalo de Constantino a la iglesia a la que nos dirigimos en primer lugar.

Se dice que, en el momento de su muerte, Constantino legó la mitad del Imperio romano al papa Silvestre a principios del siglo IV d. C. Vale la pena señalar que los estudios históricos han determinado que la historia de la donación de Constantino era en sí misma un mito. Originalmente creada por la Iglesia Católica Romana en el siglo VIII d. C. como un medio para que la Iglesia justificara su considerable adquisición de riqueza y propiedades ante los críticos tanto de dentro como de fuera de la Iglesia Romana.

Este mito narrativo , elaborado originalmente en el siglo VIII, fue embellecido cientos de años después por los creyentes valdenses para enfatizar los orígenes de lo que los valdenses definieron como una antigua división dentro de la iglesia primitiva en oposición a la Iglesia Católica Romana, que había aceptado y se había beneficiado de la obtención de gran riqueza y poder. Y por eso dicen que los pontífices romanos no son los sucesores del apóstol Pedro sino de Constantino. El mito de la donación de Constantino fue modificado aún más para sugerir la existencia de un remanente de la iglesia menos conocido, más pequeño, pero fiel, que enfatizaba la importancia de un enfoque en el ministerio de servicio de Cristo marcado por votos de pobreza y humildad.

El mito modificado de la donación de Constantino fue ampliamente comunicado oralmente por los seguidores valdenses a partir de finales del siglo XIII. Se ilustra de la siguiente manera: la iglesia fue sagrada hasta la donación de Constantino, cuando Silvestre I aceptó la donación, mientras que un compañero de Silvestre la rechazó y lo abandonó.

Poco a poco, la mayor parte de la Iglesia cayó en el mal, mientras que una parte más pequeña permaneció en la verdad. Ésta es la primera etapa de la explicación de la oposición a Roma, el origen histórico de la división de la pequeña y santa Iglesia en el momento de la donación. Y la etapa posterior estará encabezada por los valdenses, aunque no necesariamente coincida con ellos.

Quienes señalan esta historia de origen se adhieren a la creencia de que un testimonio ininterrumpido de la verdadera iglesia continuó desde la era apostólica hasta el testimonio fiel de un grupo relativamente pequeño de cristianos que eran los verdaderos seguidores de Cristo, los antepasados de los valdenses. La fecha más antigua registrada de este mito se encuentra en una fuente llamada el Libro de los Elegidos, escrito en 1367. La epístola de 1367 se explayaba sobre una división en la iglesia romana en el momento de la donación cuando la mitad de la riqueza del Imperio Romano dada por Constantino en 325 fue entregada a la iglesia romana.

Se dice que la división se produjo en el seno de la Iglesia entre Silvestre I, que había aceptado las riquezas y las tierras del emperador Constantino, y los pocos fieles que se mantuvieron firmes en su pobreza y deseaban seguir siendo una Iglesia pura. El Libro de los Elegidos relata las acciones de quienes ocuparon el lugar de los apóstoles, y esto se ve subrayado por ecos deliberados de los Hechos de los Apóstoles. Durante cientos de años, la historia de los orígenes del pueblo valdense ha sido difícil de precisar con precisión.

Esto se debe en parte al hecho de que gran parte de la historia registrada de los valdenses fue utilizada por la iglesia romana como evidencia de su herejía y luego fue quemada por los inquisidores una vez concluido el juicio. Pasamos a una exploración

de los hechos históricos que rodean los orígenes de la historia valdense. Desde hace mucho tiempo se reconoce que Valdez, Waldo de Lyon, en 1172, fue el creador del movimiento valdense.

Existen suficientes datos históricos que respaldan su existencia y el ministerio que inició, que surgió a raíz de una hambruna que afectó a la región que rodea a Lyon. También hay evidencia que sugiere la posibilidad de una fuente de fundamento teológico entre los seguidores de Valdo y las enseñanzas de Claudio de Turín, quien fue designado obispo de Turín en el año 817 en la Iglesia Católica Romana. Claudio era un líder cristiano evangélico franco y un estudioso astuto y perspicaz de la Biblia.

Basándose en su interpretación de las Sagradas Escrituras de ambos Testamentos, Claudio se opuso al culto de las imágenes sagradas en el catolicismo y trató de que se las eliminara de todas las iglesias de su diócesis. Predicó la doctrina de la justificación de la fe.

Claudio también rechazó el purgatorio y el culto a las reliquias y rechazó la eficacia de las peregrinaciones como medio de penitencia. Cuando Claudio desechó las imágenes sagradas veneradas en las iglesias de la diócesis, dijo que si la gente deseaba adorar una cruz porque Cristo colgaba de ella, también debían adorar los pesebres porque yacía en uno o los asnos porque cabalgaba sobre ellos. No existen pruebas históricas ni documentos que proporcionen una conexión histórica directa entre las enseñanzas de Claudio y el surgimiento de Waldo y los pobres de Lyon en el siglo XII.

Es plausible que los católicos romanos de la región del Piamonte, en el norte de Italia, hayan transmitido las creencias poco ortodoxas pero bíblicamente exactas de Claudio de una generación a la siguiente. Sin embargo, sin ningún documento histórico que relacione los paralelismos entre las creencias y las prácticas de Claudio y, posteriormente, de Valdo y Arnaldo de Brescia, no se puede deducir fácilmente que Claudio haya influido directamente en Valdo y Arnaldo. Los paralelismos en las creencias se podrían derivar del estudio de la misma fuente de creencias, principalmente los evangelios del Nuevo Testamento y las cartas de Pablo.

Más de 300 años después de Claudio, Arnaldo de Brescia comenzó a reunir pequeñas comunidades en la región de Lombardía, en torno a Milán, junto a la diócesis de Turín. Arnaldo había estudiado con Pedro Abelardo y comenzó a construir el modelo de fe y comunidad cristiana basado en convertirse en discípulo de Cristo y compartir la propiedad con los vecinos. Arnaldo estudió cuidadosamente las enseñanzas de la iglesia primitiva, tal como se revelan en el Libro de los Hechos.

A partir de sus estudios, organizó una comunidad de fe alternativa a la de la rica Iglesia Católica Romana y sus creencias y prácticas. Aunque el obispo Claudio no puede clasificarse como valdense, las deducciones paralelas de sus proclamaciones como obispo católico romano con las creencias cristianas de los valdenses son

innegables, y sigue siendo una posibilidad que las creencias de Claude influyeran en Arnold y sus seguidores a medida que desarrollaban sus propias comunidades de fe. Por cierto, vale la pena señalar que durante el siglo XX, la Iglesia Valdense en Italia nombró a su editorial oficial Claudiana Press en reconocimiento al testimonio bíblico del obispo Claude de Turín.

Esta es una conexión de fe que los valdenses contemporáneos valoran profundamente hoy en día. Como mínimo, se puede suponer que varios principios de la creencia valdense tienen paralelismos con el ministerio de las enseñanzas del obispo Claude del siglo VIII. Sin embargo, sigue siendo una premisa completamente infundada afirmar que hubo una comunidad organizada de creyentes que comenzó en la época del obispo Claude y permaneció intacta, distinta y separada de la Iglesia Católica desde el siglo IX hasta el siglo XII, cuando Waldo comenzó su ministerio.

Ahora nos centraremos en el motivo de la creación de estos mitos. Hay indicios de que el autor anónimo del Libro de los Elegidos reconoció la necesidad de un texto escrito sobre la historia valdense en una sociedad que todavía se centraba en gran medida en la comunicación oral. Fue compuesto de tal manera que fuera fácil de memorizar y transmitir oralmente como una herramienta educativa instructiva para aquellos valdenses que, en ese momento, estaban dispersos por toda Europa occidental.

Necesitaban una historia que fuera fácil de recitar sin depender de un texto escrito. A lo largo de su historia, los inquisidores católicos romanos destruyeron sistemáticamente los registros, escritos y libros valdenses, lo que hizo que la tradición oral fuera aún más importante para la preservación de los orígenes de los valdenses. A medida que pasaban las generaciones, había cada vez más oportunidades de permitir una mayor libertad para reconstruir el pasado.

Este enfoque dio lugar a la inserción de numerosas revisiones de los mitos a medida que las generaciones posteriores intentaban leer al revés el punto de origen de su fe. El Libro de los Elegidos fue un documento poético muy breve. Algunas partes están escritas en frases rítmicas entrecortadas, más agudas durante el recuento de la vida de Valdez.

Tanto la brevedad como el ritmo del texto sugieren que se trata de un texto producido deliberadamente para memorizarlo. La narración que se encuentra en el Libro de los Elegidos fue esencialmente una herramienta útil para justificar la adopción de un voto de pobreza y castidad junto con el llamado a predicar y cómo estos fueron fundamentales en la vida del predicador itinerante valdense. Este libro también es instructivo en sus esfuerzos por alentar a todos los seguidores a permanecer firmes frente a la persecución de la Iglesia Católica Romana, como la Iglesia primitiva de los Apóstoles había enfrentado la persecución del Imperio Romano, validando así la legitimidad de la percepción de los valdenses de verse a sí

mismos como el remanente fiel de la verdadera Iglesia en contraste con la rica Iglesia Católica Romana.

Desde el establecimiento de la Inquisición en el siglo XIII y a lo largo de oleadas de persecuciones sancionadas por la Iglesia, la narrativa que se describía a sí misma como el verdadero remanente de la Iglesia sostuvo su fiel testimonio. Las modificaciones posteriores del mito de la donación de Constantino a Silvestre se pueden rastrear observando los cambios en las ediciones posteriores del Libro de los Elegidos. Valdés en el siglo XII, y sin embargo, no es hasta el siglo XIV que hay algún registro de un nombre de pila atribuido a Valdés.

En la primera edición del Libro de los Elegidos de 1367, Valdés del siglo XII aparece por primera vez con el nombre apostólico de Pedro. En 1420, en una revisión posterior del Libro de los Elegidos, se presenta por primera vez a un hombre llamado Pedro Valdés como contemporáneo del papa Silvestre del siglo XIV. En esa edición, se afirma que Pedro Valdés no fue el fundador del movimiento valdense, sino que fue identificado como uno de los compañeros de Silvestre, quien en el momento de la donación se convirtió en el preservador de la verdadera Iglesia, lo que sugiere efectivamente un vínculo entre Valdés y sus seguidores que se remonta a la fundación de los Hechos de los Apóstoles.

Además, a principios del siglo XV se compuso otro manuscrito valdense que atribuía algunos escritos homiléticos a un cierto cardenal católico romano llamado Pedro Valdés. De cada uno de estos ejemplos de historia revisionista se desprende claramente que las historias que comunican los orígenes de los valdenses fueron revisadas repetidamente a lo largo de los siglos XIV y XV. Pero para entender más profundamente las razones de estas revisiones de la historia del testimonio valdense, necesitamos echar otro vistazo al papel que desempeñó la persecución durante cientos de años.

En el plazo de una generación, después de que el movimiento valdense y sus seguidores fueran tildados de herejes por la Iglesia Católica en 1215, la Iglesia dirigió su ira contra los valdenses a través de un sistema de tribunales eclesiásticos de procesamiento extremadamente bien organizado llamado la Inquisición, que inicialmente había sido construida para destruir la herejía dualista del catarismo y que a partir de entonces dirigió toda su furia contra los seguidores de Valdo. Durante los siguientes 30 años, la Inquisición organizó y estandarizó ampliamente la creación de manuales escritos de instrucción distribuidos por el papado a todos los inquisidores. En un esfuerzo por unificar el procesamiento efectivo de la Inquisición, la Inquisición finalmente fue asignada exclusivamente a la Orden Católica de Santo Domingo.

Bajo el reinado de los dominicos, la Iglesia católica contaba con una herramienta sumamente eficaz para llevar a juicio a todos los herejes. Los dominicos coordinaban

los esfuerzos de la Iglesia con los magistrados civiles para castigar a los herejes, en la mayoría de los casos mediante la ejecución y la quema en la hoguera. Durante la década de 1480, el papa reinante Inocencio VIII, que había servido como inquisidor antes de convertirse en papa, convocó una santa cruzada contra los valdenses.

Al hacerlo, ejerció toda la furia de la Iglesia hacia la erradicación total de todos los creyentes valdenses. La Cruzada Valdense, bajo el liderazgo del Archidiácono Cattaneo, concentró su atención en las comunidades valdenses en la región de los Alpes Cocios y demostró tener un éxito parcial. Sin embargo, tuvo consecuencias devastadoras para las miles de víctimas valdenses que enfrentaron sus persecuciones crueles e inhumanas.

Desde la organización de la Inquisición bajo la autoridad de los dominicos, a partir de mediados del siglo XIII, no sólo se confiscaron las propiedades de miles de valdenses y se vendieron a los católicos romanos, sino que muchos de ellos fueron torturados, a menudo ejecutados en la hoguera por sus creencias. La Iglesia católica creía que al quemar los cuerpos de los herejes, no habría ningún cuerpo físico que resucitara cuando Cristo regresara para la Segunda Venida. En los primeros días de la Inquisición, incluso quemaron los cadáveres de aquellos que fueron identificados como valdenses después de su muerte.

Los sacerdotes y líderes de la Iglesia católica romana solían robar a los niños valdenses de sus familias y éstos los criaban para que abrazaran la doctrina católica romana. Las persecuciones ejercieron una gran presión sobre todo el movimiento valdense y sobre la vida de cada creyente valdense durante cientos de años. Como medio para fortalecer la fe de los líderes y creyentes en la Gran Persecución, el Libro de los Elegidos sirvió para apuntalar el legado perdurable del movimiento valdense con sus conexiones directas con las enseñanzas de Jesús y las primeras comunidades de fe apostólica.

Al reflexionar sobre la comprensión mítica de la historia valdense, Peter Biller escribe que la historia podía recordarse con bastante nitidez, pero también podía simplificarse y confundirse a través del paso del tiempo y los trucos de la memoria, y colorearse y angularse de múltiples maneras al pasar por el prisma de la mente del amigo individual. Todas estas derivaciones sugieren finalmente el uso generalizado de la historia en esa época para consolar a los creyentes durante el sufrimiento y la desesperanza de la persecución. La naturaleza valiente de los predicadores valdenses, los Barba, y sus dispersas comunidades de fe resistieron no solo la implacable persecución de la Iglesia Católica Romana, sino que más tarde sobrevivieron a los ataques militares concertados organizados por el rey de Saboya, la nación de Francia, durante más de 500 años, sobreviviendo a 33 persecuciones organizadas.

Durante todo ese período, el énfasis de Barba en la integración de la humildad ejemplificada por Cristo y la fe centrada en la gracia de Dios y Jesucristo fue lo que guió al pueblo valdense en sus esfuerzos por permanecer fiel a su fe. Los antiguos mitos evolucionaron en condiciones tremendamente adversas y se volvieron esenciales para que los predicadores valdenses y sus seguidores tuvieran una fe fuerte y tangible a la que pudieran aferrarse incluso en el momento de la muerte. Sin la creencia en la sacralidad de su causa y sin un sentido de conexión directa con Cristo y sus discípulos originales, el movimiento valdense, bajo generaciones de presión implacable, habría seguido el camino de todos los demás movimientos de la Edad Media, que fueron tildados de heréticos por la Iglesia Católica Romana.

Durante las primeras décadas de la Reforma protestante, cuando el protestantismo estaba consolidando su credibilidad y legitimidad, un número considerable de eruditos protestantes señalaron a los valdenses como sus antecesores religiosos, retomando los mitos que rodeaban sus orígenes. Los protestantes consideraban a los valdenses pioneros de su propia fe y los identificaban como preservadores de la verdadera iglesia. Los primeros historiadores valdenses, John Léger y Samuel Moreland, hicieron referencia en sus compilaciones de la historia valdense a principios del siglo XVII a los numerosos mitos que rodeaban sus orígenes.

Utilizando las herramientas de la ciencia de la historiografía tal como se entendía en su época, desarrollaron las primeras obras importantes de historia de la comunidad valdense que se habían registrado. Ambos historiadores se habían basado en gran medida en la historia oral transmitida de generaciones anteriores en su intento de preservar una historia creíble. Era un método aceptable de historiografía en ese momento combinar la precisión histórica con creencias históricas de larga data y aún sin respaldo sobre la identidad propia, que surgieron en el caso de la clandestinidad, el aislamiento geográfico y la persecución.

Hoy, la historia sirve como un testimonio creíble de que el movimiento valdense fue el único movimiento cristiano considerado herético por la Iglesia Católica Romana, y ha sobrevivido hasta los tiempos modernos. Fueron los valdenses, liderados por sus predicadores, los Barba, quienes se enfocaron con mayor eficacia y precisión en comunicar las enseñanzas de Jesús y el impacto de su vida, muerte y resurrección a los laicos cristianos antes de la Reforma Protestante. A lo largo de esa era, los valdenses reflejaron un fiel testimonio bíblico de las enseñanzas de Jesús y las instrucciones del apóstol Pablo cuando escribió a Timoteo.

El objetivo de esta enseñanza es el amor que nace de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sincera. La esencia de estas creencias y prácticas sigue siendo el núcleo del testimonio cristiano fiel hoy, como lo ha sido en todas las épocas. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén. Les habla el Dr. Kevin Frederick en su enseñanza sobre la historia de los valdenses. Esta es la sesión número seis, Saliendo de las sombras de la historia, disipando mitos.